



## CAPÍTULO X.

---

### UNA VIEJA CHOCOLATERA.

**S**ÁNCHEZ es una verdadera presea para el interés creciente de nuestro relato: le sabemos muchas cosas y hemos de decirlas, inocentemente.

Sánchez no tenía solo una casa, tenía dos; pero tal lujo de domicilios había permanecido hasta entonces envuelto en el misterio.

Pero doña Felipa tenía una amiga y amiga de la tía Anita. Era la tal otra vieja cho-

colatera que se alternaba en chocolates y habladurías con doña Anita.

Esta vieja se llamaba doña Ceferina, tenía un hermano clérigo que la mantenía, y doña Ceferina no vivía, hacía muchos años, sino para procurar la salvación de su alma; obra por demás erizada de dificultades, pero que todas, en concepto de la misma doña Ceferina, estaban allanadas completamente.

Veamos su sistema.

Doña Ceferina madrugaba y oía la primera misa que se decía en la iglesia de su barrio; volvía á su casa á desayunarse, y en seguida emprendía el camino hasta la iglesia donde estuviera el circular: allí oía la misa mayor y rezaba dos novenas que siempre traía entre manos: una andada y aplicada por sus propias necesidades, que eran algunas constantemente; y otra por oficiosidad por los cuidados y desgracias de alguna de sus amigas, á quienes, como debe suponerse, nunca les faltaban cuidados y desgracias.

Volvía á su casa á comer, dormía siesta y

se levantaba para ir á tomar el chocolate á alguna visita: los lunes con las monjas, miércoles con una comadre, miércoles con las hermanas de su confesor, jueves con una amiga, viernes en la casa de Sánchez; el sábado tenía mucho que hacer y el domingo se quedaba á comer en alguna parte, y el lunes anudaba el turno nuevamente.

El chocolate no le impedía concurrir al *deposito*, al *sermón*, á los *desagravios* ó á la novena solemne en alguna iglesia.

La único que cambiaba la monotonía de su vida, era el ir por una amiga ó amigas á su casa para ir en su compañía á la iglesia.

Doña Ceferina tenía la costumbre inveterada de comer en la casa de sus amigas cada día de cumpleaños, y en algunas partes se quedaba á dormir, porque no había quien la llevara á su casa de noche.

A doña Ceferina nunca le faltaba qué hablar, tenía materia abundante para todo el año, contando en una casa lo que oía en otra, circulando las noticias de las funciones

religiosas, y describiendo las fiestas de familia á que concurría.

Sabía de memoria el calendario; y más exacta que las interesadas, avisaba con anticipación en cada casa:

—No se te olvide, mi alma, que el 22 de éste es San Anastasio y el 29 San Francisco; ahí tienen ustedes á doña Anastasita la Ortiz y á mi señor don Francisco el licenciado, á quien tantos favores le debe tu familia; no se te vaya á pasar.

Un viernes entró doña Ceferina á la casa de Sánchez.

—Buenas tardes, Felipita. Anita, ¿cómo te ha ido? ¿cómo están todos por acá? ¿cómo está el señor Sánchez y Amalia y la Chata? ¿cómo les ha ido de tiempo?

—Buenos todos, á Dios gracias.

—¿Y don Aristeo?

—Bien.

—¿Con que todos buenos? ¡cuánto me alegro! de santos nos debemos dar con que no haya venido por aquí la plaga de los catarros de mis pecados, acabo de venir de

la casa de las hermanas de mi padre confesor, que es tan bueno y tan santo, y todas, mi alma, todas están del catarro, perdidas; si es en la casa del licenciado, lo mismo: tiene dos niños con tos ferina, de mucha gravedad, y hasta una de las madres, de las madrecitas las pobres, me la he ido á encontrar con un costipadazo que hasta parece pulmonía; vamos, si te digo, mi alma, que yo no sé á donde vamos á parar con tanto catarro; es el tiempo, es el tiempo; estos cambios tan repentinos, que sale una caliente, y zás, allá van los estornudos y catarro para una semana; ¿cómo ha de ser, que se haga en todo la voluntad de Dios! ¡Si te digo que yo ya no sé qué plaga nos faltará, porque todo se nos junta! ¡todo! ¡todo! ¡porque si es de arranquera, no me digas, que están todos que se sorprende uno! ¡Y vaya, si dijéramos los pobres; pero no, mi alma, los ricos también! ¡asombra ver en ese montepío los primores que llevan! ¡y qué alhajas! ¡qué cortes! ¡qué tápalos chinos! ¡todo de gente que tiene! ¡conque

figúrate cómo estarán las cosas, Felipita de mi alma y de mi vida! ¡pero cómo ha de ser! ¿Conque por acá todos buenos?

—Sí, vamos pasando.

—¿Y en paz?

—Así, así.

—Ave María Purísima. ¿Conque.....

—Ha habido de todo.

—¡No lo permita la cruz de mi rosario, Felipita de mi alma! ¡qué me cuentas! ¿conque ha habido de todo? yo, mi alma, como ya soy vieja no me sorprendo de nada; pero vé uno unas cosas que con razón; ¡ya se vé! ¡es imposible, imposible que ciertas cosas salgan bien, porque ya sabes que del cielo á la tierra, no hay nada oculto, y el día que uno menos lo piensa ¡adios! se descubre todo, porque ya sabes que nunca falta un yo lo ví; si te digo, mi alma, que estoy aburrida; ¡ya no quiero vivir, Señor, ya no quiero que me cuenten nada, pero qué quieres! le cuentan á uno y no hay remedio; ¿yo? ¿pues cuándo sabía nada de lo de acá? estaba muy quitada de la pena cuando me

dice una señora que oye misa conmigo:

—¿Usted visita la casa de Sánchez?

—¡Cómo no, mi alma, le dije; si Felipita es íntima amiga mía!

—Y la pobre Amalia, ¿no sabe nada todavía?

—¿De qué?

—¡Cómo de qué! de la mujer esa que dicen que tiene el señor Sánchez, y que es la causa de tantos disgustos.

—¡Conque eso te dijeron! exclamó doña Felipa sorprendida.

—Eso.

—¡Mira qué gente tan lenguaraz!

—Oye, mi alma, en cuanto á lenguaraz yo respondo que no, porque lo que es esa señora la he visto comulgar y me debe el mejor concepto; es una señora grande y no creo....

—¡Ah! pues eso es una calumnia, mi hermano es incapaz de tener otra mujer, que bastante tiene el pobrecito con Amalia, que lo tiene sacrificado por el lujo que gasta.

—Pues yo sentiría mucho que fuera cierto

pero has de saber que yo ya tenía mis antecedentes.

—¿Tú, tú también? ¿luego lo crees? Ya lo ve usted, tía Anita, ¡oh! si no se puede ya tratar con nadie, si las gentes tienen una lengua, que yo no sé adonde vendremos á parar.

—Pues yo nada pongo, mi alma, y si yo te digo esto es en descargo de mi conciencia; pero ni pongo ni quito, y sobre todo, que lo que fuere sonará, porque ve uno tantas cosas.....

—No, pues ahora es preciso averiguar la verdad, porque eso es muy grave, y necesitas decirme quién te lo dijo ó me peleo contigo.

—El pecado se dice, pero no el pecador.

—¡Es una cosa de honra!

—Por lo mismo.

—Dime quién te lo dijo.

—No, mi alma, porque el chisme agrada, pero el chismoso enfada.

—Pues esto no se puede quedar así, ni yo he de permitir que el pobre de mi hermano

ande por ahí en boca de todos como trapo viejo, porque si yo doy con la habladora la he de poner como ropa de pascuas.

—Mira, Felipita, que lo mejor será que averigüe, porque sería mucho descaro inventar todo lo que me han dicho.

—¿Pues qué te han dicho?

—¡No, cómo quieres que te lo diga cuando te exaltas tanto! y lo que es yo no he de ser la causa de que te vayas á morir de un derrame de bilis; ¡Dios me libre! yo también me moriría de pesadumbre.

—Te ofrezco no exaltarme, pero dime lo que te han dicho, que al menos siempre es bueno saber á qué atenerse.

—¿Pero me ofreces.....

—No tengas cuidado, dime lo que sepas.

—Pues ya te digo que nada invento; me dijeron que el señor Sánchez tiene otra casa: y esto no puede ser mentira, porque sé el número y la calle, y quién vive allí. Ahora, en cuanto á que el señor Sánchez paga la casa, no me cabe duda porque he visto

los recibos, que me los enseñó el cobrador; y te diré más: conozco á la señora.

—¿Sí?

—¿Te acuerdas de la extranjera?

—¿Qué extranjera?

—¡Vaya! mi alma, la de los rizos.

—¿Esa?

—Esa.

—¿Y qué?

—Esa es la que vive allí, por cuenta del señor Sánchez, y la tiene bien puesta; pues si vieras qué vestidos de seda y qué castañas y qué tren; ¡vaya! sobre que pasa por su mujer en la vecindad.

—Me dejas de una pieza! conque quiere decir que tú sabes.

—Yo sé muchas cosas, no porque las pregunto, porque eso sí no tengo, curiosa; pero le cuentan á uno.

—Pues mira, mejor será saberlo todo de una vez, te encargo que te informes bien, porque si es cierto es necesario ver cómo se remedia.

A la sazón que esto pasaba en la asisten-

cia, en el corredor resonaron unos gritos; era Sánchez.

—¿Y usted qué quiere? preguntó Sánchez á un hombre que lo había estado esperando una hora en el corredor.

—Este recibo, dijo el hombre.

—¿Qué recibo?

—El del periódico,

—Ya he dicho que no me importunen; yo no he visto gente más molesta que los impresores; vuelva usted mañana.

—Señor, llevo ocho días de estar viniendo.

—¿Y eso qué me importa?

—A mí sí, porque para cobrar seis reales, vengo hasta quince veces seguidas.

—¿Parece que usted es un poco altanero?

—No, señor, y la prueba es, que suplico á usted que me pague ahora, ó que me cite usted para día fijo.

—¡Quite usted allá con su día fijo! ¿cuánto es?

—Seis reales.

—¿Seis reales?

—Sí, señor.

—Vuelva usted mañana.

—¡Pero señor!

—Ya dije que mañana.—A ver, Pizarro, agregó gritando, no me deje usted subir á estos ociosos y el que venga á cobrar, que no hay dinero, que solo pago los días primero de cada mes; ya es preciso cortar este desórden.

—A mí me van á arruinar en este México; recibitos á todas horas ¡habrase visto! no parece sino que no tiene uno el dinero más que para tirarlo en lo primero que se le antoja; ¡recibitos á mí!

—¿Qué le ha sucedido á usted, compadre? le preguntó don Aristeo.

—Qué me ha de suceder, que ya me acaban; yo no he visto gente más molesta que estos cobradores de periódicos; no hay día en que no haga diez cóleras.

Don Aristeo se encogió de hombros.

—¿Qué le parece á usted que será bueno hacer, compadre?

—¿Me pide usted un consejo?

—¿Me pide V. un consejo?

—Sí, ¿por qué me lo preguntá usted?

—Porque generalmente pedimos un consejo, cuando estamos menos dispuestos á aprovecharnos de él.

—¿Ya me va usted á salir con sus rancias, compadre?

—Ya sabe usted que yo soy rancio, pertenezco á la pelea pasada.

—¡He amanecido de buenas! exclamó Sánchez con enfado.

Don Aristeo guardó silencio.

—Vamos á ver, compadre, sea usted de la pelea pasada ó nó, necesito que me inspire usted una idea.

—Platicaremos, compadre; platicaremos, pues de la discusión nace la luz.

—A ver, ¿qué le parece á V. que debo hacer?

—¿Cuánto tiene usted, compadre?

—Pues..... qué sé yo..... haga usted cuenta: el sueldo, las casitas, en fin, ponga quinientos pesos cada mes.

—¡Hermosa renta! ¿y así se queja usted, compadre?

—Ya usted lo vé, no me alcanza para nada, debo un dineral y cada día las cosas se complican de una manera, que yo no sé á dónde iremos á parar.

—Y..... ¿cuánto gasta usted, compadre?

—Huum.... eso sí no se lo puedo decir, ya me conoce usted, yo sé tirar el dinero como pocos.

—Ya lo veo y en eso está el mal.

—Pues si en eso quiere usted encontrar el remedio, perdemos el tiempo.

—Minore usted sus gastos, compadre.

—¿Qué menos puede gastar un hombre al mes que media talega? hay lores que gastan medio millón.

—Sí, compadre, pero porque lo tienen.

—Yo gasto lo que tengo.

—No, gasta usted más; mucho más.

—Pero es indispensable.

—En eso está el error; Amalia gasta mucho lujo.

—¡Amalia! cómo había de gastar Amalia lo que gasta mi chica.

—¿Quién? preguntó don Aristeo frunciendo el ceño.

—¡Cómo! ¿pues qué no sabía usted, compadre? ¡vamos! pues ahora sí veo que está usted en *bábia*, me parecía que le había contado á usted.

—No.

—Pues es el caso que Manuel, ¿ya conoce usted á Manuel? mandó traer una *cocota*.

—¿Una qué?

—*Cocota*, compadre, ¿no sabe usted lo que es *cocota*?

—No.

—Una queridita.

—¿Conque la mandó traer?

—Sí; y después de seis meses me dijo un día echando albures: oye, Sánchez, siempre he pensado volverme á Francia; ¿cuánto me das para mi *cocota*?

—¡Jesús, María y José! ¡qué inmoralidad!

—No me venga usted ahora con sus sermones porque no le cuento, compadre.

—Está bien, siga usted.

—Pues, hombre, le dije á Manuel, ¿ella qué es lo que necesita.

—Con trescientos pesos cada mes se con-



forma; la tienes dos ó tres meses y después se la pasas á algún amigo.

—Negocio arreglado, le dije, y me quedé con la *cocota*.

—¡Pero, compadre! exclamó D. Aristeo.

—Y como este Manuel es tan célebre y tiene tanto talento, me convidó á cenar una noche para el testamento; y oiga usted, la escena estuvo de lo más original....Ketty, le dijo á la *cocota*, aquí tienes á Sánchez, íntimo amigo mío, etc. etc.—y me hizo la entrega. Al día siguiente me estrené pagando una cuenta á la modista, y según las instrucciones de Manuel, deslicé en la mano de Ketty algunos billetes de banco, y lo peor del cuento, compadre, es que llevo ocho meses de esto y estoy en quiebra.

Don Aristeo se había cogido la cabeza con ambas manos y permanecía aturdido.

—¿Y no sería lícito, dijo de repente don Aristeo, ministrar é esa señora unas píldoras de estricnina como á los lobos?

—¡Qué barbaridad, compadre! ¿pero por qué?

—Porque es un animal muy caro: ¡trescientos pesos cada mes por una...! qué?

—*Cocota*, compadre.

—¿Y qué tiene de raro esa *cocota*?

—¡Qué es hermosísima!

—De cuerpo puede ser, compadre, pero de alma, decididamente es un demonio.

—¡Si viera usted que buenos sentimientos tiene!

—¿Y se deja traspasar como un mueble?

—¡Ah! qué quiere usted, compadre, esos son los usos europeos, y en su calidad de *cocota* tiene que...

—¿Tiene qué? ¡Compadre, por el amor de Dios! si esto no se ha visto ni en Górra!

—No, efectivamente; allí estaban atrasados, de eso hace tantos años!... hoy la mujer se explota de distinta manera; qué quiere usted, la civilización!

—Sí, compadre, la mujer ha llegado á ser un mueble de lujo; estoy cierto que usted no puede querer á esa *cocota* ¿*cocota* se dice?

—Sí, compadre.

—¡Ha visto usted nombre! No está en las Pandectas, es nombre nuevo.

—Es nombre francés; en París se dan las *cocotas*, y ya lo ve usted, se dejan importar.

—¡Ya lo creo, un mueble de esos! ¡y luego tan caro!

—¡Ah! pero es una criatura angelical; si viera usted qué alma, compadre!

—¡Per vida de usted, compadre, que no me vuelva usted á hablar de sus prendas morales, porque me va usted á volver loco. ¿Cómo puede haber sentimientos nobles en un corazón tan corrompido?

—Sobre que le digo á usted que es un angel.

—¡Vamos! yo no sé una palabra, el mundo ya cambió completamente, y yo estoy en pañales; tiene usted razón, compadre, será un angel; pero déjelo usted que se vuele.



## CAPÍTULO XI.

SÁNCHEZ

SOÑANDO CON LOS GRANDES NEGOCIOS

**L**A asistencia de Sánchez se venía abajo á la sazón; las dos viejas y doña Felipa habían entrado en pleno congreso y se debatía con acaloramiento la cuestión de si las noticias de doña Ceferina eran puras invenciones de las gentes ó si tenían algún fundamento.

No tardó don Aristeo en formar parte de aquella diputación permanente, y doña